

# LA UNION MERCANTIL en la provincia

## Rutas malagueñas para el turista

### GAUCÍN

2-5-36

Deslumbra este pueblecito malagueño por lo blanco y por lo pulcro. En casi todas sus calles, llenas de luz y de ca) y cuidadosamente empedradas, hay una fuente, una fuente de piedra que no deja de borbotar nunca. Escondido en lo más abrupto de la montaña Gaucín parece dormir tranquilo y confiado bajo la sombra y custodia de un castillo medioeval que destaca sus almenas rotas y sus torres truncadas sobre el azul purísimo y radiante de su cielo.

La altura en donde está emplazada la ruinoso fortaleza tuvo en lo antiguo un gran valor estratégico y fué la llave de toda la comarca. Así lo dice su situación, la solidez de sus murallas, su enorme capacidad y el hecho de haber estado artillada hasta el año 1843, en que la explosión de su polvorn casi la destruyó.

Desde aquí, bajo la hoguera del Sol, he contemplado en éxtasis el panorama más vasto y más admirable de la región; he quedado sorprendido ante la belleza sin igual que presenta la frondosidad de los inmensos alcornoques moteados de castaños, olivares y huertos en flor, y he visto allá, hacia el Mediodía, con un horizonte despejado, todo el campo de Gibraltar, la colosal roca caipense, Sierra Carbonera y Crestellina, la conjunción de los dos mares y allende el estrecho la cordillera de Ceuta.

Una vieja leyenda de romanticismo y de poesía, la del Santo Niño que aquí se venera, flota en el ambiente aureolada por cuadros de pretéritas tragedias guerreras. Bajo los muros que se desmoronan, el 17 de septiembre de 1300 encontró la muerte el ilustre caballero castellano Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, el defensor de Tarifa, el del gesto inconcebible, el que supo sacrificar a su hijo y «cinco más que tuviera» en aras de la promesa que un día hiciera a su rey Sancho IV el Bravo. El, que era señor de Niebla, de Nebrija y de Sanlúcar de Barrameda, acaso tan poderoso como el Monarca a quien servía, uno de los más poderosos señores de la Tierra, sucumbía, después de la hazaña heroica, como si aquella no bastase a probar su temple, a manos de los moros que defendían con ardeor esta baluarte de la

esta traición, porque los moros comarcanos para mostrar que no tenían parte en aquel insulto o por temor de ser castigados, se apellidaron para tomar enmienda de aquel caso, y cercaron a Gaucín. Acudieron desde Sevilla con refuerzos el marqués de Cádiz y el conde de Cifuentes y recobrado que hubieron la plaza, a todos los moradores, en venganza del alevé, pasaron a cuchillo o dieron por esclavos.

Añoranzas de hombres caballerosos y leales como don Antonio de Molina y Navarro, el valiente defensor del Castillo en la Guerra de la Independencia, hombres y fechas que pasaron para no volver y de las cuales quedó aquí un lejano e imborrable perfume de idealidad. Algo así como una trova cuyos ecos se escuchan al perderse, cuyos versos sonoros y dolientes tienen como el alma del poeta una melancolía de cristal... El espíritu de la tradición que vive y late entre estas piedras grises coronadas por tristes ruinas. Queda el pueblo al pie del castillo, hacia la derecha. Sus casas bajan en cascada desde el alcor, ya en hileras o en grupos, algunas aparecen inclinadas, prestándose mutuo apoyo, cual si al rodar en desorden las hubiese detenido de pronto un inexplicable equilibrio. En sus calles crece la hierba cubriéndolas de verde alfombra. Puro ejemplo de pueblo andaluz. No falta la plaza en donde las mozas gentiles pasean su garbo, donde las parejas de jóvenes se dicen quedamente sus idilios amorosos, donde juegan los niños de cabezas blondas y donde toman el sol, en los días buenos, los ancianos de nevadas cumbres.

Un convento que fué de frailes, medio derruido, y la parroquia que eleva su blanco campanario al otro lado de la ciudad, son los monumentos más notable. Tiene estación férrea con un buen servicio de automóviles. No debe abandonarse la población sin antes subir al Hacho, eminencia de difícil ascensión, pero que ofrece al espectador una vista sorprendente; se domina todo el extremo occidental de nuestra provincia y el Este de la de Cádiz, los cursos del Genal y Guadiaro y las cumbres de San Cristóbal.

te el ilustre caballero castellano Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno, el defensor de Tarifa, el del gesto inconcebible, el que supo sacrificar a su hijo y «cinco más que tuviera» en aras de la promesa que un día hiciese a su rey Sancho IV el Bravo. El, que era señor de Niebla, de Nebrija y de Sanlúcar de Barrameda, acaso tan poderoso como el Monarca a quien servía. uno de los más poderosos señores de la Tierra, sucumbía, después de la hazaña heroica, como si aquella no bastase a probar su temple, a manos de los moros que defendían con ardor este baluarte de la Sierra.

Aquí se desarrollan hechos tan cruentos como el que recoge el P. Mariana en su Historia, cuando refiere que allá por los años 1488 cansados los moros del señorío de cristianos, o por su acostumbrada ligereza y poca lealtad se conjuraron entre sí para matar los soldados que guarnecían la plaza, cosa que hicieron cuando la tropa estaba descuidada y diseminada por el pueblo. Pero que no les duró mucho la alegría de

ancianos de nevadas cumbres. Un convento que fué de frailes, medio derruido, y la parroquia que eleva su blanco campanario al otro lado de la ciudad, son los monumentos más notable. Tiene estación férrea con un buen servicio de automóviles. No debe abandonarse la población sin antes subir al Hacho, eminencia de difícil ascensión, pero que ofrece al espectador una vista sorprendente; se domina todo el extremo occidental de nuestra provincia y el Este de la de Cádiz, los cursos del Genal y Guadiaro y las cumbres de San Cristóbal.

Han florecido aquí hombres insignes: abogados, sacerdotes, militares, escritores, políticos... mereciendo especial mención don Francisco Cañamaque y Jiménez. Tiene también sus poetas anónimos que le consagran sentidos versos. Yo he escuchado con embeleso en la noche encalmada y silenciosa, bajo un cielo estrellado, cantar a una jovencita linda y preciosa una canción, una guajira, con acompañamiento de guitarra, en la que glosaba las bellezas y los encantos del pueblo. Tomé nota de la copia armoniosa que elegantemente me facilitó la muchachita ingenua de cabellos de oro y cuerpo juncal y pude observar que se ajustaba perfectamente a los cánones literarios; era una décima que reza así: «En la comarca rondeña—y sobre gigantes lomas—por donde la aurora asoma—a lucir su rica enseña,—entre el pensil y la breña, y de montes rodeado—se exhibe el limpio poblado—de Gaucín, insigne villa,—como una blanca ave-cilla—que anida en sitio escarpado».

**D. Vázquez Otero**